

deben creer con tanta certeza como un cristiano que su religion es verdadera, puesto que todos deben juzgar que les ha sido anunciada por hombres inspirados de Dios. Pero, ¿dónde está la prueba de la inspiración de Mahoma, y de todos los que han enseñado el paganismo? Los milagros atribuidos al primero son absurdos, y él mismo ha declarado en el Alcoran, que no había venido para hacer milagros; los apologistas del paganismo, Celso, Juliano, Porfirio, etc., no han citado mas que prodigios de que nadie ha sido testigo. No es este el lugar de llevar mas allá el paralelo entre los autores de las falsas religiones, y los fundadores de la nuestra.

El método de los deístas no sirve mas para confirmar á todos los infieles en sus errores? Un musulman que no sabe leer, ciertamente que no se halla en estado de demostrar la falsedad de los dogmas enseñados por Mahoma, ni lo absurdo de las leyes que ha establecido. Un pagano ¿conseguirá descubrir lo absurdo del politeísmo, mientras que Platon y Ciceron lo han apuntalado con razonamientos filosóficos? Nunca los racionadores han establecido una sola verdad, ni destruido un solo error en materia de religion.

No es fuera de propósito observar que el método, segun el que los deístas quieren juzgar de la revelacion, es precisamente el mismo que el de los protestantes, y que este ha franqueado el camino al primero. Un protestante quiere ver en la Escritura cuál es la doctrina que Jesucristo y los apóstoles han enseñado, y juzgar por sí mismo el sentido en que debe entenderse; lo mismo que un deísta quiere juzgar por sus propias luces de la verdad ó de la falsedad de esta doctrina, para saber despues si es ó no revelada.

En todos estos casos nuestra persuasion es, sostiene que es necesario examinar la mision de los que se dicen enviados de Dios; que si la prueban, ellos son los que deben enseñarnos lo que Dios nos ha revelado, ya de viva voz, ya por escrito, y de darnos el verdadero sentido de esta revelacion.

V. CATORCENA.

Credo. Así se llama el símbolo de los apóstoles, que es el compendio de las verdades de la fe cristiana, y empieza por la palabra *credo, yo creo*. Todo cristiano que lo reza hace un acto de fe; sin embargo se oye á los moralistas quejarse algunas veces de que los fieles hacen muy rara vez actos de fe; suponen pues que no van á misa, ó no

dicen el símbolo de los apóstoles en su oracion.

CREDO. Designa tambien el símbolo mas extenso que el de los apóstoles y que ha sido formulado por los concilios de Nicea en 325, y de Constantinopla en 381, símbolo que se canta ó que se reza en la misa, lo menos desde principios del siglo VI. Se dice inmediatamente despues del Evangelio para atestiguar que se cree y se recibe como palabra de Dios lo que acaba de leerse. Puede verse en el P. Lebrun una explicacion muy extensa de este símbolo y de la variedad de ritos observados sobre este asunto en las diferentes iglesias. *Explicacion de las ceremonias de la misa, t. 1, p. 240. V. Símbolo.*

Creencia. Creer en general es lo mismo que estar persuadido, convencido; así *creencia* significa persuasion, pero no toda persuasion puede llamarse *creencia*.

Estamos persuadidos que dos y dos son cuatro, que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos: estas dos proposiciones son evidentes por sí mismas. Aunque no concebamos como la libertad se puede conciliar con la inmutabilidad, sin embargo estamos convencidos que Dios es libre é inmutable, porque esta es una verdad que se deduce evidentemente de la notion del Ser necesario, en consecuencia una verdad demostrada.

Estamos seguros que un cuerpo es movido por otro cuerpo; lo vemos con nuestros ojos, lo sentimos por el tacto, aunque no comprendamos por qué el movimiento se comunica de un cuerpo á otro. Conocemos que nuestra alma mueve á nuestro cuerpo, esta es una verdad de *consciencia*, aunque no sea posible concebir cómo el espíritu puede obrar sobre el cuerpo.

En todos estos casos nuestra persuasion no es propiamente una *creencia*; nosotros no creemos, sino que vemos y sentimos.

Aunque no hayamos visto la ciudad de Roma, *creemos* su existencia por el testimonio de los que la han visto, de los que la habitan, por las relaciones que tenemos con ellos, etc. Los pueblos de la Guinea, que nunca han visto el hielo, que no conciben cómo el agua puede llegar á ser un cuerpo sólido, creen sin embargo la existencia del hielo por el testimonio de mil viajeros; si no lo creyesen serian unos insensatos. Los ciegos de nacimiento no conciben los fenómenos de los colores, un espejo, una perspectiva, un cuadro; sin embargo creen en su existencia, y

esta persuasion se la dicta el buen sentido. En estos diferentes casos la *creencia* es una fe humana fundada sobre el testimonio de los hombres.

Nosotros creemos que Dios es uno en tres personas, que el Verbo encarnado es Dios y hombre, que Jesucristo está realmente en la Eucaristia, etc.; aunque no concebamos estos misterios, los creemos sobre el testimonio de Dios, ó porque Dios los ha revelado: esta *creencia* es una fe divina. Estamos convencidos de la revelacion por los motivos de credibilidad de que está revestida.

Cuando se pregunta ¿podemos creer lo que no concebimos? esto es preguntar si los ciegos de nacimiento pueden creer la existencia de los colores, si los pueblos de la Guinea pueden creer la existencia del hielo, y si nosotros mismos podemos creer la comunicacion del movimiento de un cuerpo á otro. Sin embargo se han hecho libelos para probar que es imposible creer seriamente lo que no se concibe, que esto es un entusiasmo y una locura, que nuestras profesiones de fe son una jerga de palabras sin ideas, que el proponer al hombre un misterio es lo mismo que si se le hablase en una lengua desconocida, etc.; todas estas máximas son otros tantos axiomas de la filosofia de los incrédulos.

Para creer un dogma de fe divina, ¿es necesario que este dogma sea oscuro é inconcebible? No; la espiritualidad y la inmortalidad del alma nos parecen verdades demostradas; pero podemos hacer abstraccion de las pruebas naturales que tenemos de ellas, y creer estas mismas verdades, porque Dios las ha revelado; y un ignorante que nunca ha reflexionado, sobre estas pruebas cree estos dos dogmas, porque la religion se los enseña.

Los que vieron á Jesucristo obrar un milagro para probar que tenia el poder de perdonar los pecados, *Mat. ix, 6*, fueron testigos oculares de la revelacion, ó de un signo por el que Dios atestiguaba el poder de Jesucristo, y tuvieron de él una certeza física. Sin haber visto los milagros del Salvador, tenemos de ellos una certeza moral llevada al mas alto grado; no solo nos son atestiguados por los escritos de testigos oculares y por una tradicion viva que nunca se ha interrumpido, sino por el efecto que han producido que es el establecimiento del cristianismo. Nunca hubieran convertido á nadie los apóstoles, si los hechos que anunciaban no hubieran sido indudables. V. CATORCENA.

Cuando se les echa en cara á los ateos y á

los incrédulos las consecuencias de su doctrina y los funestos efectos que debe producir en las costumbres, dicen que la *creencia* influye muy poco en la conducta de los hombres, que únicamente el temperamento es el que determina los vicios y las virtudes; de aquí deducen que la religion es la cosa mas indiferente é inútil del mundo. Por otro lado sostienen que los vicios y las desgracias de los hombres provienen de sus errores, que es necesario enseñarles la verdad para hacerlos felices; por consiguiente que es bueno predicar el ateísmo porque es la verdad; añaden que los errores en materia de religion son la causa de la mayor parte de los crímenes cometidos en el mundo. Es palpable la contradiccion de estos principios. ¿De qué servirá á los hombres la verdad si este conocimiento no puede influir en nada sobre su conducta? ¿Cómo la religion, que manda todas las virtudes y prohíbe todos los vicios, puede por sí misma producir un efecto directamente opuesto al objeto de su institucion?

No sirve para nada el citar el ejemplo de los cristianos viciosos para probar que su religion no influye nada en sus costumbres. Cuando la *creencia* sujeta las pasiones, no es sorprendente que estas, muchas veces mas fuertes, arrastren al hombre al crimen á pesar de los remordimientos que le ocasiona la religion. Por el contrario, si la doctrina favorece las pasiones, rompiendo el vínculo que tendia á reprimirlas, ciertamente que debe hacer al hombre mas vicioso, puesto que sofoca en él la voz de la conciencia y los remordimientos. Tal es, pues, el efecto que producirian el ateísmo y la irreligion en todos los que han nacido con pasiones violentas.

Donde hablan los hechos, las conjeturas y los razonamientos están demás. Es incontestable que desde que se estableció el cristianismo hubo una revolucion palpable en las costumbres de los judios y de los paganos, y las hizo mucho mejor que eran; este es un hecho confesado aun por los mismos enemigos de la religion. Luego no es cierto en general que la *creencia* de los hombres no influya en nada sobre su conducta.

Crédenias. V. HERMANAS DE S. JOSÉ.

Crímen. Se ha escrito con frecuencia en nuestro siglo que los *crímenes* que atacan directamente á la religion, como la impiedad, la blasfemia, el sacrilegio deben castigarse con la privacion de las ventajas que procura la religion, con la expulsion fuera de los templos y de la sociedad de los fieles por un

tiempo dado ó para siempre; por las admoniciones, las excomuniones, etc.; pero que es contrario á la naturaleza de las cosas castigar estos *crímenes* con penas afflictivas. Otros disertadores han sostenido que los pastores de la Iglesia no tienen derecho para eliminar de la sociedad de los fieles á un ciudadano, ni privarle de los sacramentos, porque esta pena lleva consigo la infamia y la pérdida de ciertas ventajas civiles. De lo que por último resulta que los crímenes que atacan directamente á la religion no deben castigarse con ninguna pena. Esta rara jurisprudencia merecería mas atencion, si fuese propuesta por otros que por culpables interesados en establecerla. Algunas reflexiones bastarían para demostrar lo absurdo de ella.

1.ª La religion es el primer apoyo de las leyes, sin ella serían muy impotentes; cualquiera que ataca á la religion mina el fundamento de la misma legislación, merece pues ser castigado con todas las clases de penas que las leyes pueden imponer, segun la diversidad de casos. La religion por otro lado está autorizada por las leyes y forma parte de ellas; los golpes dados á la una caen necesariamente sobre las otras.

2.ª Los *crímenes* que atacan directamente la religion turban la tranquilidad pública. Naturalmente todo hombre que cree en la religion, la ama, se toma interés por ella y se cree herido cuando es atacada; los insultos que se la hacen recaen sobre los que la enseñan y la profesan, así como las invectivas contra las leyes recaen sobre los magistrados. Si las leyes no hubieran proveído el castigo, cada individuo se creería con derecho de vengar el honor de la religion, y esto no sería ventajoso para los culpables.

3.ª Cuando un impío se propusiese despreciar las execraciones, los anatemas, las excomuniones lanzadas contra él por los fieles, ¿dónde estaría el castigo? El exceso del *crimen* sería el que procurara su impunidad.

4.ª En todas las naciones civilizadas los *crímenes* que atacan la religion se han juzgado dignos de castigo por las leyes y por penas afflictivas; los modernos legisladores no han sido mas severos en este asunto que los antiguos; nuestras leyes en este punto son mas suaves y mas moderadas que las de los griegos y romanos.

En cuanto al poder de los pastores de la Iglesia, está fundado en la Sagrada Escritura y en el uso observado constantemente desde los apóstoles. V. EXCOMUNIONES.

Crisma. Palabra formada del griego *χρῖσμα* uncion; es una composicion de aceite de olivas y de bálsamo, consagrada por el obispo el jueves santo, de la que se sirve en la administracion del Bautismo, de la Confirmacion y del Orden. Para la Extrema-Uncion se usa del aceite solo, bendecido tambien por el obispo para este efecto. Los griegos le llaman el santo *χρῖσμα*, *μύρον*, unguento, perfume.

Los maronitas antes de reunirse á la Iglesia romana empleaban en la composicion de su *crisma* el aceite, el bálsamo, el admizale, el azafran, la canela, las rosas, el incienso blanco y otras drogas. El P. Dandini, jesuita, enviado al monte Libano en calidad de nuncio del papa, en 1836, mandó en un sínodo que el santo *crisma* no se compusiese en adelante mas que de aceite y bálsamo.

Como se cree que la uncion del santo *crisma* forma parte de la materia del sacramento de la Confirmacion, solo el obispo tiene el poder de hacerla, lo mismo que el que se sirve en la ordenacion; pero en el Bautismo y la Extrema-Uncion la hace el sacerdote.

Antiguamente los obispos exigían del clero para la confeccion del santo *crisma* una contribucion que llamaban *denarii chrismales*; en la actualidad se saca únicamente una pequeña retribucion de las fábricas, distribuyéndoles los santos óleos en la mayor parte de las diócesis. V. el antiguo *sacramentario* por Grandecolas, 2.ª parte, p. 103.

La bendicion ó consagracion del *crisma*, que sirve de materia á muchos sacramentos, es un testimonio de la creencia de la Iglesia, y de los efectos que atribuye á estas angustias ceremonias; se ve por el pontifical romano, en el que se halla la fórmula de que se sirve el obispo. Los protestantes no han dejado de poner en ridiculo esta práctica y de tratarla de supersticion; es no obstante muy antigua, pues que se ha conservado en las sectas de cristianos orientales que se separaron de la Iglesia romana hace mas de mil doscientos años. No hay mas supersticion en esta ceremonia, que en la accion de Jesucristo, que se sirvió de todo y de saliva para dar la vista á un ciego de nacimiento.

La Croze, en su *Historia del cristianismo de las Indias*, t. 1, p. 308, pretende que los armenios consideran la bendicion del *myron* ó del santo *crisma* como un sacramento, y que atribuyen á esta accion la misma virtud que á la consagracion de la Eucaristia. Cita en prueba una homilia de Gregorio de Nareka, doctor de la iglesia armenia, que floreció

ció en el siglo XVI, y un pasaje de Bardanes, otro doctor armenio del siglo XIII, en que dice: «Vemos con los ojos del cuerpo en la Eucaristia pan y vino, y con los de la fe ó del entendimiento concebimos allí el cuerpo y la sangre de Jesucristo, del mismo modo que en el *myron* vemos el aceite; pero por la fe vemos en él el espíritu de Dios.» Luego, dice la Croze, todos los armenios admiten un sacramento desconocido en la Iglesia romana, ó segun su opinion, la misma transustanciacion se hace en la Eucaristia por la consagracion que en el *myron* por la bendicion; hé aquí sin duda un argumento poderoso; pero ¿hemos de aprender de dos doctores muy modernos, y que no parecen grandes teólogos, cual es la creencia de la Iglesia armenia? Nos parecen pruebas mas obvias de su doctrina los libros litúrgicos de esta Iglesia y las profesiones de fe de sus obispos, que los escritos de dos particulares; se pueden ver estas pruebas en los tomos 1.º y 3.º de la *Perpetuidad de la fe*, y en el P. Lebrun, t. 3. Lo mas que se sigue del pasaje de Bardanes es que la comparacion que hace entre la Eucaristia y el *myron* no es muy exacta, significa solo que por la uncion del santo *crisma* recibimos la gracia del Espíritu Santo tan realmente como el cuerpo y la sangre de Jesucristo por la Eucaristia; tal es tambien la doctrina de la Iglesia romana. Pero no hay necesidad para esto de una transustanciacion en el santo *crisma* ni en el agua del bautismo para borrar el pecado original. No fundamos el dogma de la transustanciacion en el efecto que produce la Eucaristia, sino en las palabras de Jesucristo.

Por lo demás esta observacion de la Croze no es sola en la que ha mostrado su poca exactitud y sagacidad. V. ARXIVOS.

Crisóstomo (S. Juan), ó *pico de oro*. Patriarca de Constantinopla y doctor de la Iglesia, se llamó así por su elocuencia; vivió en el siglo IV. La mejor edicion de sus obras es la que ha publicado el P. Montaucon en griego y en latin en trece volúmenes en folio, en París el año de 1718.

Los censores de los PP. han echado en cara á san Juan Crisóstomo haberse expresado de un modo escandaloso sobre la conducta que Abraham tuvo en Egipto con respecto á Sara su esposa. Aun cuando esta acusacion fuese mejor fundada, no valia la pena de notar este lunar en un cuerpo de obras de trece volúmenes en folio, y en un Padre de la Iglesia respetable por otro lado por la pureza de su

moral y por la moderacion de sus ideas. Este santo doctor no arrastró á nadie á falsas opiniones en la moral, y sus censores se han visto obligados á contesar que si el hecho de Abraham era referido por Moisés con todas sus circunstancias, probablemente sería fácil excusar á este patriarca. Véase Barbeyrac, *Traктado de la moral de los PP.*, c. 14, § 24. Sin recurrir á esta presuncion, se puede ver en el artículo ABRAHAM que no es muy difícil justificar su conducta.

A otros les ha parecido mal que S. Juan Crisóstomo haya condenado absolutamente el comercio. La verdad es, que lo condenó no absolutamente sino como se hacia en su tiempo, es decir, la usura, el monopolio, la mala fe, los fraudes y las mentiras de los comerciantes; ó creyó que el comercio no podia hacerse de otro modo, se engañó en un objeto de la política y no en los principios de la moral.

Otros, por último, mas temerarios han acusado al santo doctor de haber sido de un carácter inquieto, turbulento y excesivamente austero; de haberse acorreado por su temperamento la persecucion de la emperatriz Eudoxia y de los cortesanos, á la que succumbió. Esta es una calumnia. Este santo obispo no obraba mal desaprobando las asambleas tumultuosas de farisantes que se hacían al rededor de la estatua de la emperatriz, perturbando el oficio divino, ni de censurar los vicios de otro modo se lo acusaria de haberos adulado bajamente y disimulado los desórdenes á que debería haberse opuesto.

Mosheim conviene en que la conducta de Eudoxia, de Teófilo, patriarca de Alejandria y demás obispos que depusieron á S. Juan Crisóstomo por agrandar á esta princesa y hacerlo condenar al destierro fué igualmente cruel é injusta; pero dice que este santo es reprobable por haber aceptado la categoria y la autoridad que el concilio de Constantinopla habia concedido á los obispos de aquella ciudad imperial; de haberse puesto por juez en la desavenencia que tuvo Teófilo con los monjes de Egipto; de haberse atraído de este modo, fuera de tiempo, el odio y el resentimiento de este obispo; el traductor añade en una nota, que este mismo santo reprochó de una manera indecente á Eudoxia por haber hecho colocar su estatua de plata cerca de la iglesia.

Aquí es palpable la prevencion de los protestantes contra los PP. En el artículo NESTO-

NIANISMO veremos que no han vituperado á Nestorio por haber ejercido la misma autoridad que S. Juan Crisóstomo; al contrario, han tomado su defensa, se han propasado contra S. Cirilo, que sin embargo no procedió contra Nestorio, culpable de herejía, con la misma pasión que Teófilo su tío había perseguido á S. Juan Crisóstomo, cuya inocencia es conocida. No es cierto que este se constituyese juez entre Teófilo y los monjes de Nitra á quienes este prelado acusaba de origenismo. Se relajaron en Constantinopla, y S. Juan Crisóstomo los recibió, los acogió con bondad, les preguntó por su fe y los admitió despues á la comunión. Esto no era pronunciar una sentencia contra Teófilo. Una prueba de que estos monjes no eran culpables es que despues de la muerte de S. Juan Crisóstomo los reslituyó su buen nombre Teófilo sin ninguna formalidad. El mismo se arrepintió en el lecho de la muerte de haber perseguido á un santo, y quiso tener su imagen cerca de sí.

Tampoco es cierto que este santo se haya propasado indecentemente contra la emperatriz Eudoxia, no declamó mas que contra el tumulto y los desórdenes á que se entregaba el pueblo al rededor de la estatua de esta princesa. El Padre Montfaucon ha probado la falsedad de un pretendido discurso atribuido á san Juan Crisóstomo sobre este asunto.

Un incrédulo de nuestro siglo, autor del pretendido *cuadro de los santos*, que no es mas que un tejido de invectivas y calumnias, añade á los cargos de los protestantes que este santo patriarca fué un jefe de partido; que no tuvo ternura con su madre abandonándola; que debilitó su salud con las austeridades; que se vieron obligados á desterrarlo por su orgullo y su terquedad; que condenó absolutamente las segundas nupcias; que ha reprendido el matrimonio como una imperfección; y que no ha predicado contra la persecucion sino porque era el mas débil.

Sin embargo es constante que san Juan Crisóstomo no estuvo á la cabeza de ningún partido, es un absurdo seminarle por el afecto que su pueblo mostró por él, cuando lo vió injustamente perseguido; para prevenir toda clase de sedición se ocultó este santo obispo secretamente de su pueblo y de su clero, y ejecutó sin murmurar las órdenes del emperador. No abandonó á su madre sino por cierto tiempo y no tardó en volver á su lado habló de ella siempre con el mayor respeto, y esta madre virtuosa tuvo en todas

ocasiones motivos para felicitarse por la gloria de que lo vió cubierto por sus talentos y por sus triunfos. Convenimos en que practicó todas las austeridades de la vida monástica; que ensalzó el mérito de la virginidad y de la continencia; que consideró este estado como mas perfecto que el del matrimonio; que habló de las segundas nupcias como todos los demás PP. de la Iglesia; y nosotros defendemos que en todo esto obró bien, y que esto es para él un motivo de elogio y no de censura.

V. BIGAMIA, CELIBATO, etc.

San Juan Crisóstomo mereció á todas luces, ya la reputacion de que ha gozado durante su vida, ya el culto que se le ha decretado despues de su muerte. No se pueden disputar sus talentos, ni sus virtudes, ni la sabiduría de su conducta; el emperador Teodosio II, hijo de Eudoxia, hizo completa justicia á la memoria del santo obispo, y pidió perdon del crimen de sus parientes. Ningun otro Padre ha tenido mayor inteligencia de la Sagrada Escritura, ni hizo de ella un uso mas juicioso. Ha sido por excelencia el predicador de la misericordia de Dios, y de la caridad para con los pobres. Quizá seria de desear que no se hubiesen nunca separado del sentido que dió á las epístolas de san Pablo. Sabemos con qué respeto ha citado san Agustín á este Padre en sus escritos contra los pelagianos y la grande opinion que tenia de su ortodoxia.

La liturgia de san Juan Crisóstomo está todavía en uso en la Iglesia griega, hablárenos de ella en la palabra *LITURGIA*. Véase Tillmont, *tomó 11*; *Vida de los PP. y de los mártires*, 27 de enero; *las Obras de san Juan Crisóstomo*, *tomó 43*, etc. Hay en la *coleccion de la Academia de inscripciones*, *tomó 20*, en 12, p. 197, una memoria en la que el Padre Montfaucon ha hecho la descripción de los usos y costumbres del IV siglo, sacada únicamente de las obras de san Juan Crisóstomo.

Cristiandad. Antiguamente significaba el clero; se llamaba *corte de cristiandad* una jurisdiccion eclesiástica y el lugar donde se celebraba. Todavía hay diócesis en las que los deanes rurales se llaman *deanes de la cristiandad*. En el día se entiende por *cristiandad* la coleccion general de todos los hombres que profesan la religion de Jesucristo, sin atender á las diversas opiniones que los dividen en diferentes sectas. Así la cristiandad no está contenida solo en la Iglesia católica, puesto que fuera de esta Iglesia hay hombres y sociedades que llevan el nom-

bre de cristiano, y hacen profesion de creer en Jesucristo.

Peró en los primeros siglos de la Iglesia no se daba el titulo de cristiano á los herejes. Tertuliano, S. Jerónimo, S. Atanasio, Lactancio, dos edictos, uno de Constantino y otro de Teodosio, el concilio general de Sardica establecen que los herejes no son cristianos. Bingham, *Orig. ecles.*, t. 1, c. 3, § 4, t. 1, p. 333. Así la palabra *cristiandad* tiene en el día un sentido mas general que antiguamente.

En todos tiempos los enemigos del cristianismo han tenido como crimen esta multitud de sectas que lo dividen: de esto toman ocasion para defender que esta religion es una manzana de discordia, que parece se ha arrojado entre los hombres para ponerlos en lucha y animar unos contra otros.

Mas no se debe atribuir á la religion en general un vicio del hombre á quien ella debe corregir, ni á una religion particular el inconveniente que se halla en todas las religiones, en las escuelas de filosofia, entre los incrédulos como entre los creyentes. Así no hay en la tierra ninguna religion que haya podido prevenir las disputas y los cismas, ningun sistema que haya reunido todos los filósofos, ni ningun sistema de incredulidad que haya podido poner acordés á todos los incrédulos. Unos son deístas, otros ateos; estos materialistas, aquellos escépticos ó pirrónicos; tolerantes los unos, intolerantes los otros, etc.

Una doctrina revelada, contraria á las ocupaciones y á las inclinaciones de la naturaleza, destinada á subyugar el entendimiento y á reformar el corazón no puede dejar de dividir á los hombres naturalmente curiosos, vanos, disputadores y tercos. Cada uno, por vanidad, se lisonjea de entender mejor que otro, quiere tener razon, hacer adoptar sus opiniones, ganar partidarios; muchas veces suele salir bien, llega á ser jefe de secta, y quiere hacer bando aparte. Esta enfermedad empezó en las escuelas de la filosofia; fué introducida en el cristianismo por disputadores indóciles y mal convertidos. Quisieron hacer alianza de la doctrina de Jesucristo con sus opiniones filosóficas; en lugar de reformar estas por las luces de la revelacion, produjeron las diferentes herejías que han afligido á la Iglesia casi desde su nacimiento; Jesucristo lo predijo, y los apóstoles nos previnieron contra este escándalo. No es á los sucesores de los que lo han producido á quienes toca objetárnoslo, ellos mismos lo perpetúan y trabajan para hacer el mal incurable.

¿De dónde han venido las herejías, sino de su fondo de incredulidad?

Se sabe en qué consiste el cristianismo ó la predicacion de los apóstoles; estos han dicho: Jesucristo, Hijo de Dios, ha enseñado tal doctrina, y nos ha mandado predicar tales verdades. Dijeron á los pastores que establecieron: Guardad fielmente la doctrina que os hemos confiado, y enseñadla á los demás; *11 Timot.* u. 2. Aquí la filosofia, la curiosidad, el furor de dogmatizar no tienen nada que ver; ó es necesario creer á los apóstoles y sus sucesores, ó uno no es cristiano. Si alguno quiere establecer su fe, crearse un sistema, escoger las opiniones á su gusto, y no cree en la palabra de Dios sino en sus propias luces, es hereje y no fiel. ¿Porqué ha dado lugar este método á las disputas? Porque se han revelado contra él. Uno dice: Yo no quiero creer mas que lo que está escrito, y quiero entenderlo como me plazca. Y yo, dice otro, no quiero creer mas que lo que conciben; Dios mismo no tiene derecho de hacerme creer lo que yo no comprendo. Yo, dice un tercero, no quiero creer todo lo que creen los demás, quiero tener un sistema mio. Con tales disposiciones ¿es uno cristiano ó incrédulo? Es tan absurdo atribuir al cristianismo esta terquedad como á la razon las extravagancias de los falsos razonadores. V. *DISERTA*, *HEREJIA*.

Cristianismo. Religion que estableció Jesucristo, á quien reconoce y adora como Hijo de Dios y Redentor de los hombres. Hace cerca de diez y nueve siglos que principió, y su establecimiento ha verificado una gran revolucion en la mayor parte del universo. Se pregunta en el día si esta religion es obra de Dios; ó una invencion de los hombres, si ha hecho en el mundo mas bien que mal; esta duda no puede proponerse sino por hombres muy mal instruidos, ó determinados á cegarse á sí mismos.

La primera cuestion es saber cuáles son las pruebas, ó cuáles los motivos de credibilidad que deben empuñar á un hombre sensato á adherirse á ellas; los que las atacan, las ignoran ó fecltan desconocerlas; nosotros no podemos hacer mas que indicárselas sumariamente; para desenvolverlas serian necesarios muchos volúmenes; pero se tratarán mas extensamente en cada uno de los artículos á los que nos vemos precisados á remitir al lector y que irán aqui señalados en caracteres *Itálicos*. Propiamente hablan-do, todos los artículos de este *Diccionario*

pertenecen à este mas ó menos de cerca. La revolución verificada en el mundo por el cristianismo, dice en otro lugar Bergier (*Tratado de la verdadera religion*), es el último rasgo de un plan seguido, uniforme, constante en la Providencia. Así como la religion dada à los patriarcas era proporcionada al estado de infancia en que se hallaba entonces el género humano; la que Dios habia prescrito por Moisés era evidentemente relativa al estado de separacion y de guerra mutua, en que vivian las naciones ya formadas. El cristianismo al contrario se ha hallado exactamente análogo al estado de sociedad y de comercio al que habian llegado los pueblos cuando Jesucristo vino al mundo.

Dios habia instruido à los patriarcas inmediatamente por sí mismo; se dió à conocer à los hebreos y à las naciones vecinas por medio de prodigios que inspiraban terror; por el ministerio de su Hijo único no ha esparcido mas que beneficios. El objeto de los milagros del Salvador era ilustrar los entendimientos ganando los corazones. Su doctrina, su moral, sus promesas enteramente espirituales hubieran hecho poca impresion en los hombres todavía medio salvajes; podian hacer mucha mas en los pueblos civilizados y mas dóciles por la cultura de las ciencias y de las artes.

Para probar que nuestra religion es obra de la casualidad, ó de algunos hombres malos es necesario empezar por demostrar que desde la creacion la Providencia divina no ha intervenido en nada en el establecimiento y conservacion de la verdadera religion. Cuando la filosofia considera al cristianismo como un edificio aislado que no conduce à nada, como un acceso de demencia que se ha apoderado de repente de una gran parte del género humano, demuestra que sus miras son muy limitadas, que ni aun conoce el sistema que se atreve à atacar.

Damos por primera prueba de la divinidad del cristianismo el enlace que se halla entre las tres épocas de la revelacion. La que Dios habia dado à los primeros hombres desde el principio del mundo estaba destinada à fundar la sociedad natural y doméstica; convenia à las familias nacientes, que no podian formar todavía poblaciones considerables. La segunda, de la que fué órgano Moisés, tendia evidentemente à establecer entre los descendientes de Abraham una sociedad nacional, à fundar sobre la misma base la religion y las leyes; legislación notable que Dios colocó expresa-

mente en el centro del universo conocido, y que debia haber servido de modelo à todos los pueblos. La tercera revelacion ha sido dada por Jesucristo, cuando las naciones se han hallado suficientemente civilizadas para formar entre ellas una sociedad religiosa universal, y tal fué su designio cuando mandó à sus apóstoles enseñar à todas las naciones. Así una de estas revelaciones ha servido de preparacion à la otra; todas han sido análogas al estado en que se hallaba el género humano. Dios ha hecho caminar la obra de la gracia al mismo paso que la de la naturaleza.

Hé aquí lo que los enemigos del cristianismo no han comprendido jamás; lo consideran como si hubiese caído de las nubes, como si no tuviese ni títulos originales, ni relacion con nadie; no ven que es un plan preparado desde la creacion del mundo.

2.ª La segunda prueba son las profecías que lo han anunciado. Es tambien una cadena que empezó en Adán, ha continuado durante cuarenta siglos, y ha terminado en Jesucristo. La claridad de las profecías va siempre en aumento à medida que se acercan los sucesos, y su sentido en fin se descubre por su cumplimiento. Una no ha podido servir de modelo para otra, todas anuncian acontecimientos que Dios solo podia efectuar. Aquí los incredulos todavía se alucinan ó quieren apartarlo. No consideran las profecías sino aisladamente; afectan no ver que el conjunto es lo que las da su mayor fuerza.

3.ª Una prueba todavía mas manifiesta es el carácter augusto de Jesucristo, la sabiduría de sus lecciones, la sublimidad de su doctrina, la santidad de su moral, el heroísmo de sus virtudes, el esplendor de sus milagros. ¿Dónde está el legislador, el fundador de una religion que ha reunido en su persona tantos signos de una mision divina? A él solo se le ha concedido la cualidad de *Hijo de Dios*, pero tampoco le ha faltado ninguno de los caracteres que podian convenir à un Dios hecho hombre.

[El mismo J. J. Rousseau ha dicho: « El Evangelio, este libro divino, el único necesario à un cristiano, y el mas útil de todos al que no lo fuese, no hay necesidad mas que de meditarlo para inspirar en el alma el amor de su autor y la voluntad de llenar sus preceptos. Nunca ha hablado la virtud lenguaje tan dulce, nunca la sabiduría mas profunda se ha expresado con tanta energía y sencillez. No se deja su lectura sin sentirse mejor que antes. »]

« Ved los libros de los filósofos con toda su pompa! cuán pequeños son al lado de este! ¿Es posible que un libro à la vez tan sublime y tan sabio sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia hace él mismo no sea mas que un hombre? ¿Es aquel el estilo de un entusiasta ó de un sectario ambicioso? ¿Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! qué gracia tan tierna en sus instrucciones! qué elevacion en sus máximas! qué profunda saliduría en sus discursos! qué presencia de ánimo, qué delicadeza y qué exactitud en sus respuestas! qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, donde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentacion? Cuando Platon pinta su justo imaginario cubierto con todo el oprobio del crimen y digno de todo el precio de la virtud, pinta exactamente à Jesucristo; la semejanza es tan manifiesta, que todos los PP. la han conocido y que no es posible engañarse en ella.

« ¿Qué preocupacion, qué segundad no se necesita tener para atreverse à comparar el hijo de Sofronisco con el Hijo de María! Qué distancia entre uno y otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo fielmente hasta el fin su papel; y si aquella muerte fácil no hubiera honrado su vida, se dudaria si Sócrates con todo su ingenio fué otra cosa que un sofista. Se dice que inventó la moral; otros antes que él la habian puesto en práctica; no hizo mas que decir lo que habian hecho, no hizo mas que escribir sus ejemplos. Aristides fué justo antes que Sócrates hubiese dicho lo que era la justicia: Leontidas habia muerto por su país antes que Sócrates hubiese hecho un deber el amor de la patria: Esparta era sobria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad: antes que hubiese alabado la virtud, abundaba la Grecia en hombres virtuosos; pero Jesucristo entre los suyos ¿dónde habia aprendido aquella moral pura y elevada, de la que él solo ha dado lecciones y ejemplo? Del seno del fanatismo mas furioso se hizo oír la mas elevada sabiduría; y la sencillez de las mas heroicas virtudes honró al pueblo mas vil de todos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que se puede desear; la de Jesucristo, expirando en los tormentos, injuriado, escarnecido, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que horando se la presenta: Jesus, en medio de un suplicio

afrentoso, ruega por sus verdugos encarnizados. Si, si la vida y la muerte de Sócrates fueron de un sabio, la vida y la muerte de Jesus fueron de un Dios.

« ¿Diremos que la historia del Evangelio está inventada al capricho? No es asi como se inventa; y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos atestigüados que los de Jesucristo. En realidad es evadir la dificultad sin destruirla. Seria mas inconcebible que muchos hombres de acuerdo hubiesen fabricado este libro, que no que uno solo haya dado su asunto. Nunca los autores judios tuvieron este estilo ni esta moral; y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan palpables, tan perfectamente inimitables, que el inventor seria mas digno de admiracion que el héroe.

4.ª La predicacion de los apóstoles y las circunstancias de que ha ido acompañada, sus cualidades personales, la certidumbre de su testimonio, los obstáculos que tenian que vencer, la duracion de su resultado, la muerte que padecieron para sellar la verdad de los hechos que anunciaban, el modo como el cristianismo ha sido impregnado y la manera con que se ha defendido, los revoluciones sucesivas en la continuacion de los siglos que parecian destruirlo, y que de hecho han contribuido à su propagacion. Nuestros antiguos apologistas, Orígenes, S. Justino, Tertuliano, Lactancio ya habian hecho valer esta prueba; pero ha llegado à ser mucho mas fuerte por la sucesion de los tiempos.

« El designio mas hermoso por su objeto, mas vasto por su extension, mas sorprendente por el éxito, dice Mr. Frayssinous, es el designio concebido hace diez y ocho siglos por Jesucristo de establecer la religion cristiana en medio del paganismo, y renovar con ella la faz de la tierra.

La propagacion rápida del Evangelio en medio de las naciones idólatras hacia decir à S. Clemente de Alejandria, *Strom.*, l. 6, c. 18: « Los filósofos griegos no se han acreditado mas que entre sus compatriotas, y aun no han sido conocidos de todos; Platon se ha hecho discípulo de Sócrates, Xenócrates de Platon, Teofrasto de Aristóteles, Cleanto de Zenon. Estos filósofos no han persuadido sino à algunos de sus sectarios. Pero la palabra de nuestro Maestro no quedó en el recinto de la Judea; como la filosofia en los limites de la Grecia; se ha esparcido en toda la tierra en medio de los bárbaros como de los griegos; ha llevado la persuasión à las naciones, à las villas, à las ciudades enteras; ha conducido

á la verdad un gran número de los que le han oído, y aun de muchos filósofos. S. Justino, *Dial. cum triphr.*, n. 117, decía, solamente cincuenta años después de la muerte de S. Juan Evangelista: «Pongo por testigos á los diferentes pueblos de la tierra, griegos ó bárbaros, ó de cualquiera otra secta de hombres, cualesquiera que sean sus denominaciones ó sus costumbres, cualquiera que pueda ser su ignorancia en las artes y en la agricultura, ora que habiten bajo de tiendas, ora que errantes en medio del desierto trasporten su morada en carros cubiertos, no hay naciones entre las que no se haya ofrecido al nombre de Jesucristo, oraciones al Padre y al Criador de todas las cosas.» Sabemos por Arnobio, *Adv. gentes*, l. 2, c. 12, y por Eusebio, *Demonstr. evang.*, l. 3, c. 5, que el Evangelio en los tres primeros siglos se había extendido mucho mas allá de la dominación romana entre los persas, los partos, los escitas, etc. En cuanto al imperio romano en particular, «no somos mas que de ayer, escribía Tertuliano, *Apolog.*, c. 29, y llenamos todo vuestro imperio, las ciudades, las islas, los castillos, las aldeas, los tribunales, los campos, las tribus, las decurias, los palacios, el senado, el foro, no os dejamos mas que vuestros templos; aun podríamos sin armas y sin rebelión, sino únicamente por nuestra separación, combatirlos. Si siendo una multitud tan numerosa nos retirásemos á cualquiera parte del universo, se confundiría vuestra dominación con la pérdida de tanto número de ciudadanos; solo nuestro apartamiento os castigaria, os estremercerais de la soledad en que os dejaría este silencio universal y del estupor en que quedaría vuestro universo como muerto.» Escribiendo á Scapula, gobernador del Africa, Tertuliano decía tambien: «Somos casi la mayor parte de cada ciudad, *pars penè major civitatis cuiusque.*» Así los antiguos apologistas de la religión se han aprovechado en su favor de su sorprendente propagación como de un hecho muy brillante, muy notorio, que nadie disputaba para hacer conocer que había una fuerza enteramente divina, propia á subyugar los espíritus y reformar los corazones.

La antigüedad pagana, lo mismo que la antigüedad sagrada, atestiguan este hecho: «Puedo, dice Mr. Frayssinous, citar á Tácito, *Annal.*, l. 15, c. 44, que nos enseña que desde el origen del cristianismo, en tiempo de Nerón, se admiraron de descubrir en Roma una multitud tan grande de cristianos, *multitudo ingens.* Puedo citar á Plinio el joven gober-

nador de Efitinia, c. 10, *epist.* 97; al recordár de 60 años después de las primeras predicaciones de los apóstoles, escribía al emperador Trajano que el cristianismo era profesado por un gran número de personas de toda edad y condición, *omnis ordinis*; que este nuevo culto se había propagado como un contagio, no solo á las ciudades, sino á las aldeas y á los campos; de modo que había hallado los templos de los dioses abandonados. Puedo citar á Lampridio, *in Alex. Sever.*, 43, autor pagano de la vida de Alejandro Severo; este príncipe favorable á los cristianos había concebido el designio de hacer edificar un templo á Jesucristo; pero le disuadieron los sacerdotes de los falsos dioses, asegurándole que si ejecutaba este proyecto todo el mundo se haría cristiano, y que quedarían desiertos los demás templos; atraerían desiertos los demás templos; atraerían todos los paganos corriendo en tropel á la iglesia cristiana: tanto temor inspiraba la grande multiplicación de los cristianos á los sacerdotes de los ídolos de que el cristianismo llegase á ser universal. Puedo citar hasta los edictos de los mismos emperadores. Eusebio, escritor contemporáneo, nos ha conservado dos edictos de Maximino II. El primero es un edicto de persecución que Eusebio leyó en Tiro, grabado sobre una columna, *Hist. eccl.* l. 9, c. 7; el tirano deploraba en él los males del imperio causados, según decía, por el error pernicioso de los cristianos, el cual penetrando en los espíritus, había esparcido las tinieblas en casi todo el universo; *interitum prope dixerim orbem terrarum confusione quadam oppressit.* El segundo dice, *ibid.*, c. 9, que es una carta de tolerancia inspirada por la política, en la cual refiere Maximino al principio que los emperadores Diocleciano y Maximiano se vieron obligados á usar de rigor con el cristianismo, viendo que casi todos los hombres abandonaban el culto de los dioses para hacerse cristianos: *omnes ferè homines relicto deorum cultu.* Ahora os pregunto: todos estos monumentos de la antigüedad pagana y cristiana ¿no prueban que aun antes del reinado de este príncipe, era muy grande el número de los cristianos en las diversas provincias del imperio romano?

Una vez probada la rapidez de la propagación del Evangelio, es fácil demostrar todo lo que tiene de admirable.

Enseñar á los sabios por los ignorantes, vencer á los poderosos por hombres débiles, atraer á la multitud combatiendo sus vicios,

ganarse discípulos prometiéndoles sufrimientos, oprobios, desprecios y la muerte, destruir á todos los dioses del Olimpo para hacer adorar en su lugar á Jesucristo clavado en una cruz como un malhechor y el mas vil de los esclavos; todo esto era humanamente imposible, y esto es precisamente lo que ha sucedido, y la locura de la cruz ha triunfado del universo.

De cualquier modo que se considere la religión, bien en las personas de los que primero la anunciaron, bien en la doctrina que enseña, ya en la época en que apareció, es forzoso convenir en que desde su origen todo estaba contra ella y nada á su favor, de suerte que hubiera debido sucumbir y perecer, si una mano divina no la hubiese sostenido.

El cristianismo naciendo tenía contra sí á sus mismos fundadores: estos eran hombres ignorantes, despreciables en apariencia, que naturalmente había de rechazar un mundo soberbio y desdeshoso.

Tenia contra sí su propia doctrina; humillante para el entendimiento, repugnante para el corazón debía naturalmente ser rechazada por el orgullo y la sensualidad.

Tenia contra sí á la misma época en que apareció, es decir, del siglo de Augusto, en que las luces brillaban en Europa y en Asia, y en el que la religión tenía que sostener continuamente los ataques de una multitud de filósofos, de retóricos y de literatos, que estaban esparcidos en todos los países del Oriente y Occidente.

Si pues no teniendo á su favor nada de lo que asegura el buen éxito de las empresas humanas, sino estando todo contra él, preocupaciones del entendimiento, pasiones del corazón, fuerza de las costumbres, autoridad del ejemplo político de los gobiernos, se fundó á pesar de todo; el cristianismo y su triunfo es el monumento eterno de su divinidad.

Para empañar la gloria que resultó al cristianismo del hecho de su establecimiento, creen explicarlo todo los incrédulos con las palabras *prestigio de la novedad, entusiasmo irreflexivo, fanatismo, espíritu de partido, credulidad y superstición.*

«La novedad? Aun cuando una doctrina sea nueva, no se hace con facilidad prosélitos, si no se hermana con los gustos y las inclinaciones de aquellos á quienes se anuncia.

«Un entusiasmo irreflexivo? El delirio piadoso que de las delicias del paganismo convierte á la severidad del cristianismo á todos los pueblos, á todas las edades, á todas las

clases, haciendo á los hombres mas ilustrados y mejores, se asemeja mucho á la mas alta sabiduría.

«El fanatismo? Los fanáticos son violentos, y los cristianos solo supieron morir.

«El espíritu de partido? Este puede inspirar algunas acciones brillantes, algunos sacrificios de ostentación; pero la constante fidelidad á los mas ocultos deberes, esa diaria continuación de acciones sencillas y modestas, solo una religión sincera puede hacerlas practicar. El espíritu de partido puede producir fariseos; pero de seguro no producirá Vicentes de Paul.

«La credulidad y la superstición? Si el aparato de las promesas y de las amenazas del cristianismo afecta á los que tienen fe en su verdad, los incrédulos se burlan de ellas. La primera idea de los paganos debía ser burlarse de los apóstoles y de su doctrina. «Tambien nosotros, les decía Tertuliano convertido, (*Apologia*) nos hemos burlado como vosotros de la doctrina cristiana. Los hombres no nacen cristianos; se hacen.» Y siempre tenemos el derecho de preguntar, cómo se han hecho los paganos, dice Mr. Frayssinous. Estamos en el caso de repetir con S. Atanasio: (*De incarn. Verbi, núm. 47.*)

«Los filósofos con sus voluminosas obras solo han podido persuadir á un pequeño número de discípulos sus dogmas sobre la inmortalidad del alma, y el modo de vivir bien; y Jesucristo con palabras comunes, con hombres ignorantes ha persuadido á un gran número de cosas temporales y la muerte para apreciar solo las cosas eternas.» Así, lejos de empañar los sofismas de la incredulidad la gloria que produce al Evangelio su maravilloso establecimiento en medio de las naciones paganas, la dejan en todo su brillo.]

«El testimonio dado por los mártires á los hechos en que está apoyado el cristianismo, y á la santidad de esta religión que abrazaron con pleno conocimiento de causa; testimonio confirmado por los mismos ataques de los filósofos, por las confesiones forzadas de los herejes, por la conducta de los apóstatas: casi tanta ventaja sacamos hoy de los escritos de nuestros enemigos, como de las obras de nuestros apologistas.

«Si examinamos el cristianismo en sí mismo, ¿que encontramos en él? Dogmas sublimes, una moral santa, un culto majestuoso y puro, una disciplina severa. Todas estas

partes se sostienen y se apoyan mutuamente; sin nuestros misterios, en nada se fundaría la moral; los unos y la otra serían desconocidos, si las prácticas del culto no los recordaran continuamente; el culto sería bien pronto alterado, si la disciplina no velase por su conservación.

Todo esto reunido se refiere á la enseñanza viva y pública de la Iglesia: la misma es para los sabios que para los ignorantes; todos encuentran allí sin dificultad la unidad, la universalidad, la inmutabilidad de la fe. Veinte sectas que se han separado de ella no han hecho mas que afirmar y dar mayor brillo á esta enseñanza; sirven hoy de testimonio de lo que se creía y enseñaba en la época de su separación.

8.º ¿Qué efectos no ha producido esta divina religión en todos los climas? Ha hecho la misma revolución en las costumbres y en la civilización en Europa que en Asia, en el África que en el Norte; ninguna nación la ha abrazado que no haya salido al momento de la barbarie, y ninguna la ha abandonado que no haya caído en ella. Despues de mil setecientos años hay siempre la misma diferencia entre las naciones cristianas y las que no lo son.

9.º Cuando comparamos el cristianismo con las demás religiones antiguas y modernas, con la creencia de los chinos, de los indios, de los persas, de los egipcios, de los griegos, de los mahometanos, no es difícil distinguir la que viene de Dios de las que han sido forjadas por los hombres: todas estas últimas se resienten del terreno bajo el que nacieron, la nuestra no tiene mas relación con una parte del mundo que con la otra.

10.º En fin, una prueba no menos palpable que las precedentes acerca de la verdad del cristianismo, es la serie de errores en que inevitablemente se cae, una vez alejados del camino que nos traza y de las verdades que nos enseña: los que rehusan sufrir el yugo de la fe pasan rápidamente de la herejía al socinianismo y al deísmo, de este al ateísmo y materialismo, para venir á parar en un pirronismo absoluto. Esta progresión es inevitable á todo el que se precie de razonar con consecuencia. Sin duda se pudieran añadir á estas otras pruebas; cuanto mas se estudia la religión, mayores se encuentran. Puesto que hay un Dios, no ha podido permitir que una religión falsa tuviese tantas señales de verdad; hubiera entonces tendido un lazo inevitable á los entendimientos rectos y á los corazones virtuosos.

[Señor, decía Ricardo de S. Victor, (De

Trinitate, l. 1, c. 2.) si creyendo en el cristianismo me engaño, vos mismo me engañais, porque está señalado con caracteres que solo vuestra mano puede imprimir: Domine, si error est, á te ipso decepti sumus.]

Entre el gran número de incrédulos que han aventurado la proposición de que no son sólidas las pruebas del cristianismo, todavía no se ha encontrado uno solo que se haya atrevido á destruirlas una por una, y á presentar un sistema mejor razonado. No conocemos uno siquiera que haya procurado demostrar que hay en el mundo una religión falsa que pueda alegar en su favor los mismos motivos de credibilidad que el cristianismo. Es cierto que á todas estas pruebas se han hecho objeciones; pero estas pruebas mas la prevención y la obstinación de nuestros adversarios que su sagacidad. Afirman nuestros argumentos en vez de debilitarlos.

Preguntan que por qué Dios ha hecho tres revelaciones, cuando pudiera haber producido el mismo efecto por una sola; por qué no hizo al principio del mundo lo que quería hacer cuatro mil años despues. Esto es lo mismo que preguntar por qué un padre no da á su hijo al salir de la cuna las mismas lecciones que le prepara á la edad de quince años; por qué Dios no hace nacer á los hombres en una edad madura, en vez de hacerlos nacer en la infancia; ¿Por qué no crió Dios el mundo enaño, veinte ó cien mil años antes; por qué no dió el ser á cien millones de hombres mas; por qué no los hizo tan perfectos como los ángeles? Todas estas preguntas son absurdas, porque van hasta lo infinito.

Dios, á cuyos ojos la duración de los siglos no es mas que un instante en la eternidad, debía apresurarse á cumplir sus designios. ¿Qué importa que concediese á los primeros hombres menos luces, menos gracias, menos medios de salvación que á nosotros, si á nadie ha pedido jamás cuenta, sino en proporción de los auxilios que le habia dado?

La igualdad de los beneficios naturales ó sobrenaturales para todos los tiempos respignando tanto á la sabiduría divina, como la igualdad para todos los lugares, para todos los pueblos y para todos los individuos. Véase Desigualdad. Han dicho los incrédulos que para sacar una prueba de las profecías es necesario entenderlas en un sentido místico, alegórico, figurado, muy diverso del que los profetas les quisieron dar, que no es otra cosa que un desvarío de los comentaradores judíos ó cristianos.

Nosotros sostenemos lo contrario, y en cada profecía que aducimos en prueba hacemos ver que tal es el sentido literal, directo y natural; se pueden dejar á un lado las profecías típicas y alegóricas, sin que pierda nada el cristianismo, y sin que se pueda criticar á los PP. y apóstoles de la Iglesia, que tuvieron buenas razones para alegar á los judíos las profecías típicas en el mismo sentido que les daban sus doctores. V. ALICÓNIA, FIGURISMO, TIPO.

Para atacar el carácter personal de Jesucristo ha sido necesario exceder en malignidad á los judíos, desnaturalizar sus acciones y sus discursos, emponzoñar sus intenciones y sus motivos, alterar la narración de los evangelistas, falsificar los pasajes, etc.; proceder indigno y odioso, que deshonra á los incrédulos, y basta para hacer detestar sus opiniones.

Han dicho con un tono de desprecio que Jesús no fué mas que un vil artesano de Judea, que no pudo hallar quien le creyese entre sus compatriotas, que fué muerto como un sedicioso y malhechor, y del que algunos fanáticos imaginaron hacer un Dios despues de su muerte.

Desde luego quisiéramos saber por qué Dios habia de servirse con preferencia á un judío de un caldeo, de un griego, de un romano, ó de un galo para instruir á los hombres, salvarlos y santificarlos. A los judíos se habia profetizado que el Mesías seria hijo de David y de Abrahám, y está probado por su genealogía que Jesús descendía indudablemente de estos patriarcas; ¿y habia una sangre mas noble en el universo? Es falso que Jesús no encontrase creyentes entre los judíos, puesto que en la Judea se empezó á establecer el cristianismo. Jesucristo fué condenado á muerte, no por haber cometido ningún crimen, sino por haberse atribuido la cualidad de Mesías y de Hijo de Dios; la cuestión es saber si no lo probó por su doctrina, por sus virtudes y por sus milagros. En este caso el proyecto formado por sus discípulos, de hacerlo reconocer por Dios despues de su muerte, hubiera sido el mas insensato que jamás cabeza humana pudo concebir, y les habria sido imposible llevarlo á cabo. Si Jesucristo probó su misión y su divinidad, no nos debe admirar el éxito; pero quisiéramos que nos dijieran los incrédulos cómo lo hubiera conseguido de otro modo.

Aun les hantamos otra pregunta, á saber, cuál de estos dos misterios es mas fácil de concebir; el que Dios para instruir, redimir

y santificar á los hombres se dignase revestirse de la humanidad, aparecer bajo el aspecto de un artesano de la Judea, dejarse crucificar, y resucitar despues: ó el que los permitiese que un vil artesano de la Judea reuniese en su persona todos los caracteres capaces de hacerlo reconocer por el Mesías prometido á los judíos, y por el Hijo de Dios; que haya logrado ser adorado por una gran parte del linaje humano, y que esta ilusión dure despues de diez y ocho siglos.

No han sido mas justos con los apóstoles los enemigos del cristianismo: les han atribuido un carácter indefinible y cualidades contradictorias, una ignorancia estúpida y astucias impenetrables, una grosería sin igual y una valencia consumada, un interés sórdido y un valor heroico, un fanatismo repugnante y un zelo ardiente por la gloria de Jesucristo, una maldad decidida y el deseo de santificar el mundo, una ciega ambición y la sed del martirio. Con mas modesto tono deberían hablar unos razonadores reducidos á tan extremo absurdo.

¿Cómo no han notado que á medida que exageran los vicios del entendimiento y del corazón de los apóstoles, aumentan lo maravilloso de su éxito? Unos groseros ignorantes jamás hubieran enseñado tan sublime doctrina, no nos hubieran dejado tan sabios escritos, no hubieran atraído á su escuela sabios y filósofos. Hombres esencialmente viciosos no hubieran predicado una moral tan perfecta, ni hubieran dado ejemplo los primeros. Si hubieran sido ambiciosos ó interesados, cada uno hubiese trabajado para sí, no hubiera querido entenderse con los demás, y hubiera formado bando aparte, como lo han hecho los fundadores de la pretendida reforma. Si solo hubieran trabajado para este mundo, habrían evitado en cuanto les hubiera sido posible las persecuciones y la muerte, como tambien lo hacían los sectarios del siglo XVII, y los doctores de la incredulidad. En fin si hubieran sido una porción de fanáticos, hubieran producido un caos de opiniones diferentes, como hizo el protestantismo desde su origen, y como ha sucedido á las demás herejías que han subsistido largo tiempo.

El mismo embarazo han encontrado nuestros adversarios, cuando ha sido necesario explicar las causas de la propagación del Evangelio y de la conversión del mundo. A los ojos de un hombre sensato estas causas son evidentes. 1.º La fuerza persuasiva que

Jesucristo prometió dar á sus apóstoles. *Luc. xxi, 15.* 2º La santidad de su doctrina y la sublimidad de su moral. 3º Los milagros que hicieron y el poder que tuvieron de comunicar á los fieles el don de hacerlos. 4º El espíritu profético y el conocimiento de los mas secretos pensamientos de los hombres. 5º La caridad heroica, su valor, su desinterés y su paciencia. 6º Las mismas virtudes que hicieron reinar entre los primeros cristianos.

Mas los incrédulos han atormentado su razon para buscar causas naturales á esta revolucion, y hacer desaparecer lo maravilloso de ella; no podemos dejar de discutirlos al menos brevemente. Han dicho:

1º Que todos estaban cansados de las fábulas, supersticiones y desórdenes del paganismo; que la inconstancia y el deseo de novedades inclinaron á muchos á abrazar el Evangelio. Pero los edictos de los emperadores renovados por espacio de mas de doscientos cincuenta años para mantener la idolatría; la apología del paganismo hecha por muchos filósofos en este mismo tiempo, y sus sangrientos escritos contra nuestra religion; los gritos tumultuosos de los paganos en el anfiteatro pidiendo la sangre de los cristianos; los suplicios de estos, no interrumpidos desde Nerón hasta Constantino, ¿son pruebas del disgusto por el paganismo, y de un gran apresuramiento por cambiar de religion? ¿Podía hacer algo mas el fanatismo mas obstinado?

No hay mas que leer en Minucio Félix la apología que un pagano hace del politeísmo y de la idolatría, y se verá si el mundo estaba cansado de ella. V. PAGANISMO, § 10.

2º Que en medio de las desgracias que abrumaban al imperio, los pueblos tenían necesidad de una religion que les enseñase á sufrir. Indudable es que tenían necesidad de ella; pero si lo conocían, ¿cómo resistieron tanto tiempo? Estas desgracias se atribuían al *cristianismo* y á la ira de los dioses irritados contra los cristianos; S. Agustín se vio obligado despues de cuatrocientos años á escribir todavía contra esta preocupacion. Por otra parte, sufrir por los motivos sobrenaturales que ofrece el *cristianismo* no es un proceder natural. Hé aqui un homenaje que nuestros adversarios se han visto obligados á rendir á nuestra religion. Consoló á los pueblos en el exceso de su desgracia, y les enseñó á sufrir con valor; y si hemos de creer en una Providencia, forzoso es confesar que no pudo enviar mas á tiempo este consuelo.

Bien pronto los bárbaros vinieron á poner el colmo á las desgracias que el imperio romano habia sufrido por parte de sus señores. Esperaremos pues que cuando los incrédulos tengan que sufrir alguna cosa se harán cristianos.

3º Pretenden que la declarada persecucion contra los cristianos los hizo interesantes, que la piedad natural les ganó partidarios, á quienes conmovieron con su constancia. Seria necesario empezar probando que la constancia de los mártires en medio de los mas crueles tormentos era natural. Unos pueblos acostumbrados á ver correr sobre la arena la sangre de los gladiadores, á recrear sus ojos con el espectáculo de un hombre que moria por su gusto, á excitar con sus gritos la crueldad de los verdugos no estaban seguramente muy inclinados á la piedad. Pedían á gritos el suplicio de los cristianos, no porque los compadeciesen, sino por satisfacer su propia barbarie. Muchas veces magistrados, que por otra parte estaban poco dispuestos á atormentar á los cristianos, se iban obligados á castigarlos por satisfacer á un populacho desenfrenado. Convenimos en que, según la expresion de Tertuliano, la sangre de los mártires era semilla de cristianos; pero es absurdo creer que este fenómeno era natural. ¿Se vio que la persecucion ejercida por Alejandro contra los magos, por los romanos contra los druidas, por muchos emperadores contra los judíos, por algunos soberanos contra los mahometanos, aumentase en algo el número de sus partidarios?

4º Estaban preocupados con los prodigios y los milagros, dicen nuestros profundos razonadores, y los predicadores del *cristianismo* hacían alarde de obrarlos. Sostenemos que en efecto los hacían: los judíos, Celso y otros paganos convienen en ello; pero los atribuían á la magia. Esto no es una causa natural, y los verdaderos milagros de los cristianos no destruyeron á la ventura los falsos prodigios de los paganos. Si los misioneros tuvieran hoy el don de milagros como los apóstoles y los primeros cristianos, obtendrían los mismos resultados.

5º Nuestros adversarios convienen en que el zelo ardiente é infatigable de estos primeros predicadores no podia menos de hacer un gran número de prosélitos. Démosles gracias por esta confesion; pero un zelo tan puro, tan desinteresado, tan infatigable como el de los apóstoles y sus discípulos no se encuentra en la naturaleza: no podia venir de

ningun motivo ni pision humana. En vano se buscará entre los fundadores de las falsas religiones un zelo como el de los apóstoles y acompañado de las mismas virtudes.

6º Dicen que persuadieron á los ámmos con el dogma interesante de la vida futura; que movieron los corazones con su moral sublime, con su dulzura y con su caridad; que esta misma virtud practicada por los primeros fieles fué un atractivo sobre todo para los pobres y los desgraciados: nuevo homenaje rendido por los incrédulos á la santidad del *cristianismo*; pero esta misma santidad ¿hubiera podido hallarse y conservarse entre hombres culpables de imposturas, de fraudes y de otros vicios de que se han atrevido á acusar á los apóstoles? Cuando el dogma de la vida futura estaba combatido por las fábulas del paganismo, por los disputos de los filósofos, y por los errores de los saduceos; cuando la moral de unos y de otros estaba tan corrompida como las costumbres públicas, doce pescadores de la Judea admiraron el universo con la sublimidad de sus lecciones y con la santidad de sus ejemplos. Si este no es un prodigio de la gracia, ¿dónde los encontraremos?

Al principio del siglo II, reputaba Celso una locura el proyecto de dar una misma creencia y las mismas leyes á los pueblos de las tres partes del mundo conocido entonces; y sin embargo este proyecto se ejecutó poco tiempo despues, y hoy se quiere probar que esto se hizo naturalmente y que nada hay en ello de maravilloso.

Muchos de nuestros adversarios han sostenido que el *cristianismo* era deudor de estos progresos á la proteccion que le dispensaron los emperadores, á las leyes que dieron en su favor y á la misma violencia que usaron contra los paganos para hacerles cambiar de religion. Probaremos lo contrario en la palabra EMPERADOR. Es necesario no olvidar que para hacerse cristiano tenía un judío ó un pagano que empezase creyendo los milagros de Jesucristo, sobre todo su resurreccion y ascension al cielo: estos dos hechos son dos artículos del símbolo de la fe cristiana. Ahora bien, era fácil, sobre todo á los judíos, convenirse de la verdad ó falsedad de los milagros de Jesucristo no hubieran sido ciertos é invenciblemente probados, ninguna de las causas de conversion de que acabamos de hablar podia empujar á ningun prosélito á creer en los milagros. Este es un carácter tan peculiar del

cristianismo, que no se encuentra en ninguna religion falsa. Se podia ser pagano sin creer en las fábulas del paganismo, sectario de Zoroastres sin informarse si habia hecho milagros, musulmán sin dar fe á los pretendidos prodigios de Mahoma, etc. Nuestros adversarios no se dignan notar esta diferencia.

Ciegran los ojos sobre los obstáculos que se oponían á la propagacion del Evangelio. Era necesario obligar á los judíos y á los paganos, que se detestaban y se despreciaban mutuamente, á fraternizar y á formar una sola Iglesia, acostumbrar á los señores á mirar á sus esclavos con corta diferencia como iguales suyos, enseñar á los principes á respetar los derechos de la humanidad. Era necesario hacer reformar todas las leyes y las costumbres que lastimaban estos derechos sagrados; cambiar las ideas, las costumbres, los hábitos, y las pretensiones de todas las clases; refundir, por decirlo así, el carácter de todos los pueblos. Que los egipcios, los árabes, los sirios, los persas, los escitas, los griegos, los habitantes de Italia y los de las Galias, de la España y del África fuesen todos paganos, esto se concibe. Todos tenían sus dioses propios, sus fábulas, y sus fiestas particulares, usos y prácticas análogas á sus costumbres; el *cristianismo* no dejaba libertad en la creencia, variedad en la moral, diferencia en el culto exterior; proponía á todos un solo Dios, una misma fe, un solo bautismo, una sola Iglesia. Cuando se intenta persuadir que esta revolucion se ha hecho naturalmente y sin milagro, se hace profesion de no conocer la naturaleza humana.

Quando presentamos á los incrédulos la multitud de hombres ilustrados, instruidos y sabios, que abrazaron el *cristianismo* y que escribieron para defenderle, dicen que esta preocupacion nada prueba: que el paganismo con todos sus absurdos fué seguido y profesado por los hombres mas grandes.

Pero ¿lo profesaron por conviccion, por persuasion, ó solo por hábito? Ellos mismos conciben que el paganismo no está fundado en ninguna prueba; pero decían que era necesario seguirlo porque sus antepasados lo habian transmitido, porque estaba autorizado por las leyes, y porque sería temerario querer forjar otra religion. Esto dijeron Platon, Varron, Ciceron, Séneca, Minucio Félix, etc.; su sentir pues mas bien es contrario que favorable al paganismo. No miraron de esta manera los doctores cristianos nuestra religion; la